

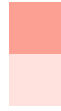
# El seductor

Jan Kjærstad





colecciónletrasnórdicas



# El seductor

Jan Kjærstad

Nordica libros  
2014

Traducción de  
**Kirsti Baggethun y  
Asunción Lorenzo**



Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.

Título original: *Forførerer*

- © 1993 H. Aschehoug & Co. (W. Nygaard) AS, Oslo
- © De la traducción: Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo
- © De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

Fuerte de Navidad 11, 1º B - CP: 28044 Madrid

Tlf: (+34) 915 092 535 - [info@nordicalibros.com](mailto:info@nordicalibros.com)

[www.nordicalibros.com](http://www.nordicalibros.com)

Primera edición en Nórdica Libros: diciembre de 2014

ISBN: 978-84-16112-05-0

Depósito Legal: M-26231-2014

IBIC: FA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Impreso y encuadernado en Kadmos  
(Salamanca)

Diseño de colección: Filo Estudio

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Toni Montesinos y

Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## PRÓLOGO DEL EDITOR

No vamos a ocultar el hecho de que la novela que el lector tiene en sus manos en este momento provocara bastantes dolores de cabeza al jurado del gran premio de la editorial a la mejor novela biográfica. El manuscrito no sólo tenía el carácter más contemporáneo, y sobre todo más controvertido de todos los manuscritos recibidos, sino que, además, cuando tras largas deliberaciones el jurado decidió premiar esta novela y abrió el sobre con el nombre, descubrió que el autor era anónimo y que un posible premio en metálico, además de los honorarios de autor, deberían ingresarse en la cuenta bancaria de una pequeña pero conocida organización humanitaria.

Si con independencia de la cuestión relativa a la calidad literaria de esta novela, la editorial se ha visto obligada a considerar la posibilidad de editar o no el manuscrito en forma de libro, en igualdad de condiciones con los otros dos galardonados, se ha debido, claro está, a los extraordinarios y muy comentados eventos en los que se basa esta novela, y aún más, a las funestas consecuencias finales de los mismos (no mencionadas, por cierto, en la novela). El que la novela esté ahora aquí constituye en gran parte una advertencia de que la libertad de expresión está reconocida en la Constitución noruega. No obstante, con el fin de anticipar un debate innecesario, no queremos dejar de señalar que los asesores jurídicos de la editorial han revisado el manuscrito, y como una serie de nombres coinciden con nombres reales, hemos facilitado el mismo a las personas que podrían sentirse molestas u ofendidas por su contenido. La editorial desea recalcar que todas esas perso-

nas —bien es verdad que con razonamientos bastante diferentes, sorprendentes en parte— han dado su consentimiento para que el libro se edite.

Aunque lo que sigue se basa en datos biográficos, cuya veracidad cualquiera puede comprobar, se trata sin lugar a dudas de una *novela*, con todas las libertades y posibilidades propias de este género. La editorial desea subrayar que el contenido al fin y al cabo son ficciones, cuya «verdad» deberá decidir el propio lector.

Una breve nota final: varios miembros del jurado señalaron cierta inconsistencia lingüística en el manuscrito. Sin embargo, la editorial ha optado por no hacer ningún cambio en el texto, excepto corregir simples erratas. Esto no se debe al hecho de que el autor sea desconocido, sino porque en un concurso como éste preferimos editar los manuscritos tal y como son.

## EL BIG BANG

Permítanme contar una historia diferente. No sé si después de todo lo dicho y escrito va a ser posible, pero déjenme al menos intentarlo. Me he resistido durante mucho tiempo, lo admito; lo he aplazado una y otra vez. Pero tengo que hacerlo. Y no sólo por mí. Plenamente consciente de que suena chocante y provocativo, lo digo tal cual: También lo hago por toda Noruega.

Puedo entender que mucha gente crea conocer a fondo a Jonas Wergeland, ya que alcanzó unos niveles de fama que muy pocos noruegos, si es que alguno, llegaron a alcanzar. Apareció tanto en los medios de comunicación que su persona, su alma, por así decirlo, se desplegó casi del mismo impresionante y exhaustivo modo que esas ingeniosas ilustraciones desplegables de anatomía humana que pueden admirarse en las enciclopedias modernas. Pero precisamente porque tantas personas tienen ya formada una firme opinión sobre Jonas Wergeland, o Jonas *Hansen* Wergeland, como a sus adversarios les encantaba llamarlo, resulta tentador revelar aquí *algunas* de las características que nunca llegaron a hacerse públicas, y que deberían servir para conocerlo mejor: Jonas Wergeland, discípulo del *Kama sutra*, defensor de las Comores y, también, y no menos importante, socorrista.

Empecemos pues *in medias res*, como se suele decir, o en lo que yo llamaría la gran mancha blanca, ya que representaba un trozo de tierra que Jonas Wergeland, a pesar de sus fantásticos viajes, ignoraría por completo, y se esforzaría toda su vida en cartografiar.

Todo empieza con Wergeland pidiendo al taxista, que curioso y casi incrédulo ha ido mirándolo de reojo por el espejo retrovisor durante todo el trayecto a través de la ciudad, que se detenga junto al centro comercial, en el cruce de Trondhjemsveien con

Bergensveien, donde Jonas se paraba innumerables veces de niño, pensando en cómo se relacionaban todos los caminos del mundo. Jonas no sabe muy bien por qué, pero quiere recorrer a pie el último trecho hasta su casa. Tal vez porque hay una preciosa luz crepuscular, o porque es primavera, *huele* a primavera hasta la médula, o porque se alegra de que el viaje en avión haya terminado, sintiéndose tan aliviado como si hubiera engañado una vez más al destino. Estoy tocando otro punto que sólo unos pocos conocen: la fuerte aversión que Jonas Wergeland, el trotamundos, sentía hacia los viajes en avión.

Jonas Wergeland acaba de regresar de la Expo de Sevilla, y se está moviendo ahora por una zona que para él es al menos tan rica en contenidos como una exposición universal, y que representa el trocito de la corteza terrestre al que se siente más unido. Jonas Wergeland anda despacio, arrastrando su ligera maleta, inspira el aire primaveral mientras mira hacia el trepador del parque de su infancia, y sigue hacia abajo, hacia el arroyo Alna, en la hondonada, por el que Nefertiti y él hicieron numerosas excursiones con Coronel Eriksen atado a la correa y el rifle de aire comprimido al hombro, en busca de la desembocadura, que durante mucho tiempo fue un misterio tan grande como en su día el de las fuentes del Nilo. Pasa por delante de la vieja zapatería de Tango-Thorvaldsen, al que tenían que hacer una visita todos los años, un verdadero suplicio, porque su madre nunca era capaz de decirse y también porque los zapatos siempre eran dolorosamente demasiado grandes, incluso después de viejos. Es primavera, huele a primavera hasta la médula, y Jonas pasa por delante del chalé de Wolfgang Michaelsen, donde casi es capaz de oír el ruido de los trenes Märklin por las vías de lo que sería el ferrocarril en miniatura más grande del norte de Europa. Jonas anda despacio, arrastrando la maleta, huele, escucha, inspira el aire hasta el fondo de los pulmones, avista en la penumbra el diente de león como pequeñas chispas amarillas a lo largo del camino y en la cuesta que sube hacia el bosque Rosenberg, que ellos llamaban Transilvania, porque tenían que cruzar ese tramo después de ver aquellas terro-ríficas películas de Drácula en el cine de la Casa del Pueblo cuando



eran demasiado pequeños para ello. Es primavera, huele a primavera, y Jonas nota que su cuerpo está más animado que de costumbre, liberado por el aire, por haber superado el vuelo, o quizás porque ahora tiene justo delante de él los edificios bajos de casas en los que se crio, o porque al otro lado de la calle ve su propia casa, a la que la gente llama Villa Wergeland, construida debajo de la imponente pared de granito de la colina Ravnkollen, que a veces le hacía sentirse protegido y a veces amenazado por la propia roca viva noruega.

Jonas Wergeland cruza la verja arrastrando la maleta tras él. Es primavera, el suelo y el aire huelen a primavera, Jonas percibe ese soplo fresco a punto de volverse templado. Se siente ligero, lleno de expectación, está contento, por no decir encantado, de estar de vuelta en casa. Lo único que le produce una punzada de desasosiego es un leve principio de náusea, como si en el avión hubiera comido algo en mal estado.

Llama al timbre por si a pesar de todo hubiera alguien en casa. Nadie contesta. Saca la llave, abre la puerta y entra en el recibidor, donde deja la bolsa del *tax free* y la maleta, antes de seguir hasta el despacho, donde hojea el considerable montón de correo. Muchas de las cartas son de gente a la que no conoce. Cartas de admiradores. Las coge para leerlas en el salón, pasar un buen rato, reírse, alzando los ojos al cielo por las extrañas ocurrencias y torpes peticiones de la gente, pero se acuerda de que debe rebobinar el contestador automático. El primer mensaje es de Axel Stranger: «¿Vuestra merced se dignaría llamarme? Se trata de una bagatela que no puede esperar: el futuro de la humanidad».

Jonas se ríe, apaga el contestador, ya escuchará los mensajes más tarde, ahora quiere relajarse, abrir los tesoros de la bolsa del *tax free*, tumbarse en el sofá, escuchar música, echar un vistazo a un par de cartas, dejar vagar los pensamientos. Entreabre la puerta de la habitación de Kristin. La cama está pulcramente hecha, los ositos de peluche y las muñecas enfilados en sus estantes; supone que la niña sigue en la isla de Hvaler, con su abuela.

Jonas se acerca al salón con una sonrisa dibujada en la boca, hojea el montón de cartas que tiene en la mano y estudia una

letra mientras piensa en qué tipo de música va a elegir. Se siente aliviado de estar por fin de vuelta en casa, experimenta una gran satisfacción, algo que con una palabra solemne podría llamarse paz.

Allí está, con la mano en el picaporte de la puerta del salón, Jonas Wergeland, el primer artista importante de su género en Noruega, el hombre con un cordón de plata en la espalda, huesos de oro y, como alguien expresó en un artículo periodístico, un cerebro pulido al máximo, como un gran diamante; Jonas Wergeland se siente extremadamente satisfecho. Acaba de concluir un exitoso viaje que, una vez más, ha dado como resultado múltiples ideas originales que en un futuro cercano llegarán al pueblo noruego. Tiene muchas razones para sentirse satisfecho, no se le puede criticar por ello. Jonas Wergeland no sólo lo tiene todo, *es* todo, casi podría decirse que sólo el rey lo supera en cuanto a rango. No es de extrañar que durante mucho tiempo se llamara en sus pensamientos a sí mismo el Duque.

Jonas Wergeland tiene la mano en el picaporte de la puerta del salón de su casa y de repente se percata de la sensación del metal en la mano, de su frialdad, y se queda mirando los pequeños arañazos en el latón. De nuevo siente esa náusea leve pero ostensible, una náusea que va en aumento. De repente se acuerda de los tres panes que acaba de ver en la encimera de la cocina, y de que no olía a pan recién hecho cuando entró en la casa.

Jonas Wergeland tiene la mano en el picaporte, de repente siente deseos de quedarse allí un buen rato, no quiere entrar, se queda y sabe, como una persona que acaba de pisar una mina, que va a saltar por los aires en cuanto levante el pie. Pero tiene que entrar. Tiene que hacer una especie de balance, recapitular en un segundo su singular carrera, como si supiera que se encuentra ante una terrible pérdida de memoria, antes de girar el picaporte. Abre la puerta y se detiene. Lo primero que percibe es un extraño olor, como en una habitación en la que el televisor lleva varios días encendido. Luego posa la mirada en el cuadro de Buda, antes de descubrir el cuerpo en el suelo del salón, el cuerpo de una mujer. Parece dormida, pero Jonas sabe que no lo está.

Allí está él, Jonas Wergeland, con una creciente náusea en el cuerpo, tan corriente tras un arduo viaje, en la puerta de su salón, en el chalé más famoso del barrio de Grorud. Y yo puedo revelar ya mi punto de partida de una vez por todas: Jonas Wergeland se encuentra en una habitación con una persona muerta, en un estallido mental gigantesco, que da a luz este universo en el que voy a entrar ahora.

Para aquellos que no lo saben, supongo que debo añadir que la mujer del suelo no es otra que su mujer.

## *TODO FLUYE*

Una vez más fue lanzado al caos al aumentar la velocidad, y llevado inexorablemente hacia el siguiente rápido, para encontrarse de pronto en medio de un infierno de agua blanca y remolinos, como si estuvieran cabalgando sobre un maremoto o hubieran sido alcanzados por una avalancha de nieve, y todo demasiado deprisa, opinaba Jonas, demasiado deprisa, pues no conseguía enterarse de los detalles y notaba ya la náusea, esa horrenda náusea que siempre lo asaltaba cuando se encontraba demasiado en alto, cuando todo se simplificaba hasta lo grotesco. Jonas Wergeland iba sentado, empapado, en una frágil balsa de goma, mientras paredes de roca prácticamente verticales le pasaban veloces por ambos lados, y él sólo pensaba, en medio de otros mil pensamientos, en agarrarse a la cuerda de la borda, a la vez que se apretaba contra el fondo de la balsa, cual un pájaro espantado en su nido. Todo el mundo ha de morir un día, pensó, y a mí me ha llegado la hora.

Jonas se maldecía a sí mismo por encontrarse así, arrodillado, como si estuviera rezando, agarrado en medio de una carrera mortal, en el fondo de un estrecho desfiladero, con sólo una fina capa de goma entre él y el abrazo bullente del rápido, cuando en lugar de eso podría estar tumbado cómodamente en la terraza del hotel bebiendo un cóctel a pequeños sorbos y observando ese curioso surtido de huéspedes llegados de todo el planeta; podría estar tocando unos compases de Ellington en el piano, recibiendo aplausos de perezosos cooperantes suecos y damas con piernas largas y desesperadamente necesitadas de distracción y divertimento, o podría haber hecho algo sensato, y sobre todo algo no peligroso, como dar una vuelta por el extenuado y polvoriento museo para

estudiar la geología y la historia de la zona, pared con pared de las cartas e instrumentos de medición de Livingstone, además de su abrigo medio devorado.

En lugar de eso, una mañana a mediados de los ochenta se presentó obedientemente en la piscina junto a los demás, donde un tipo chulesco, quemado por el sol, aprovechando a la perfección el ambiente algo nervioso, les informó, con chistes y consejos de mal gusto, entre otras cosas, por ejemplo, de los terribles «detenedores», que eran una clase de olas verticales, a menudo en la parte más baja de un rápido, que podían meterte bajo el agua y mantenerte allí durante una eternidad. De manera que Jonas siguió a los demás en fila india y con malos presentimientos cuando después bajaron con gran esfuerzo el empinado sendero hasta el fondo del desfiladero, por donde el río Zambeze continuaba su vertiginoso viaje después de los rápidos, en zigzag y a través de profundos y estrechísimos pasos. La luz era cegadora y el aire estaba lleno de intensos aromas, como en una farmacia, y con una actividad insectil como una pequeña fábrica al completo. A medio camino hacia abajo, los porteadores nativos les prepararon un té y les ofrecieron incluso algunas canciones para que los participantes se llevaran además un poco de folklore.

Abajo, junto al río, donde embarcaron en las balsas, Jonas se quedó escuchando el estruendo de los rápidos de más arriba, millones de litros por segundo, que bajaban atronando a una garganta infernal, un fenómeno a la vez tan terrible y fascinante que entendió por qué algunos nativos lo interpretaban como algo divino, creyendo que el origen del mundo se encontraba allí mismo. De hecho, estaban rodeados por un paisaje extraño, casi irreal, en el que se tenía la fuerte impresión de que los seres humanos no tenían nada que hacer allí, sino que era el paraíso de las plantas y los animales, sobre todo de los pequeños lagartos.

Tras otra enervante lección en la parte tranquila de la cuenca, se deslizaron lentamente hacia la corriente principal. «¡No hay camino de vuelta!», gritó algún gracioso en el momento en el que la balsa empezó a tomar velocidad río abajo, por donde éste se estrechaba sin piedad hacia el primer rápido, y Jonas supo enseguida,

como ocurre a veces después de tomar una fatal decisión, que no debería haber ido, que el viaje acabaría en catástrofe.

El grupo lo componían seis balsas, con siete personas en cada una, incluido el hombre que se encargaba de los remos, y que en teoría era un experto remero. Jonas miró a ese africano no demasiado musculoso y con una sonrisa burlona, y no se sintió nada tranquilo. Para colmo, la balsa de goma parecía muy gastada, y tampoco parecían muy de fiar los amarillentos y sucios chalecos salvavidas. Jonas sospechó que todo el equipamiento databa de la Segunda Guerra Mundial y que se había comprado en rebajas. Permítanme añadir que esos inventos modernos que ahora se ven en la tan segura y reglamentada Escandinavia, con cascos y trajes para el agua, eran impensables en esas latitudes, y sin duda habrían sido considerados directamente ridículos.

Jonas iba sentado en la parte de atrás, junto a una periodista y un fotógrafo que llevaba la cámara en una bolsa impermeable. En una escala del uno al seis, los rápidos obtendrían un cinco. Así se atraía a entusiastas de todo el mundo que querían probar lo que su corazón era capaz de soportar de piragüismo en aguas rápidas, o *white water rafting*, como se denominaba en inglés, y de arriesgado juego con los elementos. Jonas se agarra a la borda al avistar la ola que se levanta como una amenaza delante de ellos, incluso se pregunta cómo puede ser, cómo puede una ola asesina elevarse por los aires como un géiser, o dar la impresión de estar dirigiéndose directamente hacia ellos en medio de un profundo río, pero no le da tiempo a más especulaciones, porque el remero —en un ataque de locura, cree Jonas— conduce la balsa derecha hacia la ola, mientras los tres que van delante son lanzados hacia el interior de la columna de agua, de tal manera que la balsa se desliza por encima de ellos, como atravesando un gran bache, y los tres gritan de entusiasmo, revelando así el objetivo de la excursión: divertirse, coquetear con el peligro de muerte, olvidarse de un aburrido trabajo de oficinista en Ámsterdam, Singapur o Ciudad del Cabo. Según las instrucciones, los tres de atrás, donde va encorvado Jonas, deben mantener el equilibrio, pero Jonas sólo piensa en agarrarse, agarrarse a la cuerda de la borda, como si fuera una especie

de cordón umbilical y lo único capaz de atarlo a la vida, y entonces lanza un grito primitivo, casi por instinto, hacia las escarpadas paredes de roca, un aullido totalmente ensordecido por el tremendo estruendo, o ira, de las masas de agua.

Jonas sabía que aquello no podía acabar bien y se preguntó a sí mismo si esa estúpida iniciativa, lanzarse por el rápido más salvaje del mundo, no era sólo un deseo enmascarado de morir, o una huida, y si era porque en el fondo no tenía ganas de iniciar ese trabajo que haría dar un giro a su carrera, o porque no soportaba la idea de todas las discusiones, por no decir broncas, y las durísimas deliberaciones sobre cualquier tema, desde los presupuestos hasta las personas, que tendrían lugar antes de que pudiera tener la mínima esperanza de llevar a buen puerto ese enorme proyecto que tenía planeado. Durante un trecho tranquilo, en el que el paisaje se abrió, proporcionándole de alguna forma un respiro, algo de oxígeno al cerebro, pensó, no sin espanto, en esa larga fase de planificación que tenía por delante si lograba ponerlo en marcha, los tremendos preparativos, por no hablar de toda la envidia y todos los chismorreos e intrigas a los que se vería expuesto. Tal vez esa excursión fuera la última prueba, pensó, cuando el río volvió a estrecharse y la balsa fue arrastrada de nuevo por las espumantes masas blancas de agua entre las rocas verticales, barriendo a todos por el fondo de una profunda garganta, porque si lograba atravesarla, sobrevivir a algo que daba la impresión de ser una infinita fila de islas de roca, listas para cerrarse en cualquier momento y hacerlo puré, como en un antiguo poema épico griego, aparte de que no había allí nada capaz de cerrarse a esa enloquecida velocidad, y de que él a lo mejor tenía ocasión de vencer a la montaña noruega, ese enorme impedimento llamado mezquindad, falta de imaginación y de querer pensar en grande, lo que caracterizaba ese proyecto al que ahora, allí, en África, daría el último repaso. Quizás por eso buscaba sin cesar con la mirada algo en las oscuras paredes de montaña que les pasaban por delante a una velocidad vertiginosa, sin que en el fondo supiera qué estaba buscando, si una respuesta o alguna señal.

Fuera como fuera, perdió enseguida la perspectiva, porque tenía de sobra con agarrarse, con tener miedo, tanto miedo que

estaba cada vez más convencido de que esa mancha blanca, esas manchas blancas de agua hirviente, ese eterno fragor, acabarían con él, que en algún momento acabaría su suerte, esa suerte que le había salvado en un sinfín de situaciones imposibles, en los lugares más recónditos del planeta, ante las fauces de un oso polar en Groenlandia, en una cornisa a diez plantas sobre el nivel del suelo en Manhattan, en el Sáhara, tumbado boca arriba en la arena, con una espada en el cuello. Jonas Wergeland sintió esa náusea característica que nunca se equivocaba cuando avisaba, que indicaba que aquello acabaría mal, muy mal, que su buena suerte ya se había agotado, que moriría allí como en un retrete de la existencia, donde alguien tiraba de la cadena y eras tragado por un torbellino de agua. De nada serviría allí poder brillar parafraseando la revolucionaria perspectiva de Darwin sobre un espacio de tiempo de cientos de millones de años, o alguno de los otros sabios razonamientos que había ido recopilando en un pequeño cuaderno rojo y que lo habían llevado en palmitas durante toda la carrera; allí, entre esas paredes de roca, a esa velocidad, todas las palabras caían al suelo, o mejor dicho, eran arrastradas por el agua. De manera que Jonas estaba aterrado, se arrepintió, pero era demasiado tarde, sabía que uno u otro serían lanzados a esos rápidos asesinos, y tenía una sensación desagradable, nauseabunda, de que sería él. Está bien que tenga que morir algún día, pensó, ¿pero por qué de esta forma tan espantosamente estúpida?

Sé que resulta difícil creer que Jonas Wergeland, conocido por su arrogante tranquilidad y enorme aplomo, y de hecho también por su valentía, pudiera tener tanto miedo y tantos pensamientos morbosos, pero déjenme de una vez por todas, y sin jactarme en absoluto, subrayar que mi conocimiento de la persona de Jonas Wergeland es tal que no espero que se me entienda, y en el que tampoco pienso adentrarme más, pero que me capacita para constatar lo siguiente: Jonas Wergeland está sentado en una balsa de goma de dieciseis pies, bajando por los rápidos del río Zambeze, sabiendo que algunos, y seguramente él mismo, van a caerse al agua, y tiene tanto miedo que no sólo está a punto de hacérselo encima y perder los estribos y todo eso —tanto mie-



do tiene que por momentos no está presente; le ha abandonado la conciencia, que está flotando ya a otro nivel— de manera que, aunque involuntariamente, logra conseguir lo que uno a veces intenta pero nunca consigue en el sillón del dentista: pensar en otra cosa cuando el torno se está acercando al nervio del diente.